

Robespierre, ó en desarmarle con sus adulaciones. La mujer de Hebert, religiosa exclaustrada por la revolucion, pero digna de otro esposo, frecuentaba la casa de Duplay. Robespierre tenia hácia aquella mujer la estimacion y el respeto que negaba á Hebert. Aquella mujer trató de reconciliar á Robespierre con su marido. Convidada á comer en casa de Duplay, se esforzó por disipar las sospechas que Robespierre alimentaba contra la faccion de los Franciscanos. Por la noche Robespierre, confiándose á medias con Hebert, le insinuó que la concentracion del poder en un triunvirato, compuesto de Danton, de Hebert y de él, reuniria tal vez la accion de la república que estaba próxima á romperse. Hebert respondió que se consideraba incapaz de otro papel que el de Aristófanes del pueblo. Robespierre le miró con desconfianza. Al salir de casa de Duplay, la mujer de Hebert le dijo á su marido que semejante insinuacion, recibida y luégo rechazada, era un peligro mortal para él. «Tranquilízate,—dijo Hebert;—no temo ni á Robespierre ni á Danton. Si se atreven, que vengan á buscarme á la municipalidad.»

Hebert, ya acorbadado, ya temerario, no hablaba en sentido ménos provocativo de Danton y de sus amigos, en su periódico y en la tribuna de los Franciscanos. Los aplausos del populacho, la audacia de Vincent, las armas de Ronsin y las bandadas desenfrenadas de Maillard le aseguraban. Infamaba abiertamente al comité de salud pública, y el gobierno no tenia más arbitrio que herir á aquel faccioso ó ser herido por él. La Convencion estaba amenazada de un nuevo 31 de Mayo, porque Hebert pedia la prision y el suplicio de los setenta y tres diputados cómplices de los girondinos. Vincent fijó en los Franciscanos unos carteles en que decia que era necesario reducir á mil y quinientas almas las cincuenta mil que habia en Lyon, encargando al Ródano que enterrase los cadáveres. Chaumette hacía afluir á la municipalidad los peticionarios de las secciones, pidiendo abiertamente la expulsion de la parte gangrenada de la Convencion. El comité de salud pública conocia por sus agentes secretos las tramas anárquicas de Ronsin, y que era ya tiempo de cortarlas, aprovechando el momento en que aquellos mismos conspiradores amenazaban á Danton. Tal fué el motivo de los miramientos y de la indulgencia de Robespierre en los Jacobinos con respecto á Danton y á Camilo Desmoulins. Resuelto á perder á las dos facciones, el comité de salud pública se guardaba de atacarlas en el mismo dia: era necesario dar esperanza á la una para destruir más fácilmente la otra. Danton, á pesar de su perspicacia, se engañó tambien, tomando la longanimidad de Robespierre por una alianza; pero no era sino un lazo, y cayó en él. Esto fué lo que reveló algunos dias despues con esta exclamacion de su orgullo humillado: «La muerte no es nada. ¡Lo que siento es morir por un engaño de Robespierre!»

## X

Los Jacobinos eran para el comité de salud pública el instrumento de la derrota ó de la victoria. Robespierre se encargó de reunirlos á la Convencion, multiplicándose y consumiendo sus fuerzas para ocupar sin descanso la tribuna y ejercer sobre ellos la fascinacion de su nombre. Esta tribuna se convirtió en el único punto sonoro de la república. La Convencion afectaba hablar poco desde que ejercia el poder supremo. La soberanía no tenia necesidad de hablar, sino de obrar. La Convencion temia ademas dividirse discutiendo mucho delante de sus enemigos. Su

dignidad y su fuerza consistian en el silencio. La opinion no amenazaba ó no estallaba sino en los Jacobinos. Robespierre no desperdiciaba ninguna ocasion de infamar ó de amenazar á los hebertistas. «¡Que los que desearen—exclamó un dia mirando el grupo que formaban Ronsin, Vincent y los franciscanos—que la Convencion quede degradada, vean en esto el principio de su ruina! ¡Que oigan el oráculo de su muerte cierta! ¡Serán exterminados!»

Camilo Desmoulins habia sido citado para justificar sus insinuaciones sangrientas contra el Terror. Presentóse ya vencido, y tartamudeó sus excusas. «Esperad, ciudadanos,—dijo;—yo no sé en dónde estoy. De todas partes me acusan ó me calumnian. Por mucho tiempo he creido de buena fe las acusaciones en contra del comité de salud pública. Collot-d'Herbois me ha asegurado que estas acusaciones eran una novela. Yo pierdo la cabeza. ¿Es un crimen á vuestros ojos el haber sido engañado?» «¡Explicaos sobre *El Viejo Franciscano!*»—le gritó una voz. Camilo tartamudea, y Robespierre le dirige una mirada severa. «Hace algun tiempo—dijo—que tomé la defensa de Camilo Desmoulins, acusado por los Jacobinos. La amistad me permitió hacer algunas reflexiones atenuantes sobre su carácter; pero en el dia me veo obligado á usar un lenguaje diferente. El habia prometido abjurar las herejías políticas de que están llenas las páginas del *Viejo Franciscano*. Enorgullecido por el despacho prodigioso de su folleto y por los pérfidos elogios que los aristócratas le prodigan, no ha abandonado la senda que le trazó el error. Sus escritos son peligrosos; alimentan la esperanza de nuestros enemigos y fomentan la malignidad pública. Camilo es un ciego admirador de los antiguos. Los escritos inmortales de Ciceron y de Demóstenes hacen sus delicias. Le gustan las filípicas, y es un niño extraviado por las malas compañías. Es necesario tratar con rigor sus escritos, que el mismo Brissot no hubiera deseado, y conservar su persona. Pido que se quemén todos esos números.» «Quemar no es responder»,—exclamó el imprudente folletista. «¿Cómo te atreves—replicó Robespierre—á justificar unas páginas que forman las delicias de la aristocracia? Sabe que si no fueses Camilo, podria tal vez no tenerse tanta indulgencia contigo.» «Tú me condenas aquí,—repuso Camilo Desmoulins;—pero ¿no he ido yo á tu casa? ¿No te he leído mis páginas, suplicándote en nombre de la amistad que me ilustrases con tus consejos y que me trazases el camino que debia seguir?» «No me has mostrado más que una parte de ellas,—le respondió severamente Robespierre;—como yo no me caso con ninguna querrela, no he querido leer las otras. Se hubiera dicho que yo las habia dictado.» «Ciudadanos,—dijo entonces Danton,—Camilo Desmoulins no debe asustarse de las lecciones un poco severas que Robespierre le da. ¡Que la justicia y la sangre fria presidan siempre á vuestras decisiones! Antes de condenar á Camilo, mirad bien lo que haceis, no sea que con este golpe echeis por tierra la libertad de la imprenta.»

Estas luchas, preludio de otras más terribles, no impidieron á Robespierre el que dictase sus doctrinas á la Convencion. «Iniciemos al universo entero en nuestros secretos políticos,—dijo en un informe sobre el espíritu del gobierno republicano.—¿Cuál es nuestro objeto? El reinado de la justicia eterna, cuyas leyes están escritas, no en el mármol ni en la piedra, sino en el corazon de todos los hombres, áun en el del esclavo que las olvida y en el del tirano que las niega. Queremos sustituir en nuestro país la moral al egoísmo, la probidad al honor, los deberes á las

comodidades, la razón á las preocupaciones, es decir, todas las virtudes y todos los prodigios de la república á todos los vicios y á todas las mentiras de la monarquía. El gobierno democrático y republicano es el único que puede realizar estos prodigios; pero la democracia no es un estado en el que el pueblo, continuamente reunido, arregla por sí mismo todos los negocios públicos, y mucho ménos aquel en que cien mil fracciones del pueblo, con medidas prontas, aisladas y contradictorias, deciden de la suerte de la sociedad entera. Tal gobierno, si es que ha existido, no podrá vivir sino para conducir al pueblo al despotismo. La democracia es un estado en que el pueblo soberano, sometido á leyes que él mismo ha confeccionado, hace por medio de sus delegados todo lo que no podría hacer por sí mismo. No solamente la virtud es el alma de la democracia, sino que no puede existir más que en esta clase de gobierno. En la monarquía no conozco más que un individuo que pueda amar á la patria, y es el monarca, porque él es el único que tiene una patria. ¿No está él en lugar del pueblo? Los franceses son el primer pueblo del mundo que haya establecido la verdadera democracia, llamando á todos los hombres á la igualdad y á la plenitud del derecho de ciudadanía, y por esto triunfará de todos los tiranos. Nosotros no pretendemos, pues, modelar la república francesa sobre la de Esparta. Pero las tempestades rugen y nos amenazan aún. Si el resorte del gobierno popular es la calma de la virtud, en las revoluciones es á un mismo tiempo la virtud y el terror. El terror no es otra cosa que una justicia pronta, severa é inflexible; por lo tanto, es una emanación de la virtud. El gobierno actual es el despotismo de la libertad contra la tiranía para fundar la república. La naturaleza impone á todo sér físico y moral la ley de su propia conservación. ¡Que la tiranía reine un solo día, y al siguiente no existirá ningun patriota! «¡Perdon para los realistas!» nos gritan. No. ¡Perdon para la inocencia, perdon para los débiles, perdon para los desgraciados, perdon para la humanidad! Los conspiradores no son ciudadanos, sino enemigos. Algunos se quejan de la detención en las cárceles de los enemigos de la república. Se buscan ejemplos en la historia de los tiranos. También se nos acusa de precipitar los juicios y violar las formas. En Roma, cuando el cónsul descubrió la conjuración y la ahogó en el mismo instante con la muerte de los cómplices de Catilina, fué acusado de haber violado las formas... ¿Por quién? Por el ambicioso César, que quería engrosar su partido con las hordas de los conjurados.»

Esta alusión á Danton y á sus cómplices hizo estremecer á la Convención y palidecer al mismo Danton.

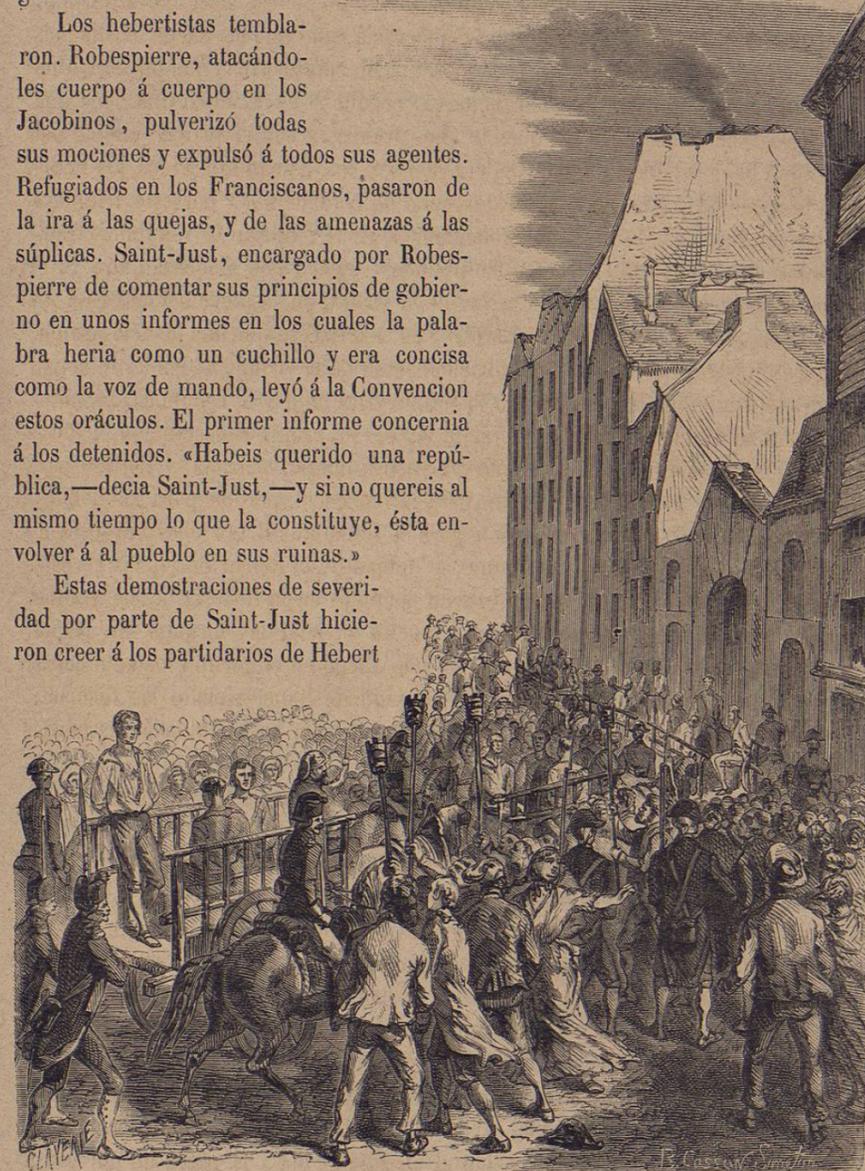
«Dos facciones nos combaten,—prosiguió Robespierre:—la una nos lleva á la debilidad, la otra al exceso; la una quiere convertir la libertad en una bacante, y la otra en una prostituta. Algunos intrigantes subalternos, y aún también algunos buenos ciudadanos engañados, se unen al uno ó al otro partido; pero los jefes pertenecen á la causa de los reyes. Los unos se llaman moderados, los otros son los falsos revolucionarios. ¿Quereis contener á los sediciosos? Los primeros os recuerdan la clemencia de César, y manifiestan que éste ó el otro individuo era noble cuando servía á la república, y no se acuerdan ya de cuando la ha hecho traición. Los otros intentan y quieren exceder la locura de los Heliogábalos y de los Calígulas; pero la espuma impura que el Océano arroja á la playa no por eso le hace ménos imponente.»

## XI

Este informe fué el toque de rebato de la Convención contra los hebertistas y dantonistas. El comité de salud pública hizo encarcelar á Grammont, Duret y Lapalus, amigos de Vincent y de Ronsin, acusados por Couthon de haber deshonrado al Terror con expoliaciones y suplicios que convertían el patriotismo en latrocinio y la justicia nacional en degüello.

Los hebertistas temblaron. Robespierre, atacándoles cuerpo á cuerpo en los Jacobinos, pulverizó todas sus mociones y expulsó á todos sus agentes. Refugiados en los Franciscanos, pasaron de la ira á las quejas, y de las amenazas á las súplicas. Saint-Just, encargado por Robespierre de comentar sus principios de gobierno en unos informes en los cuales la palabra hería como un cuchillo y era concisa como la voz de mando, leyó á la Convención estos oráculos. El primer informe concernía á los detenidos. «Habeis querido una república,—decía Saint-Just,—y si no quereis al mismo tiempo lo que la constituye, ésta envolver á al pueblo en sus ruinas.»

Estas demostraciones de severidad por parte de Saint-Just hicieron creer á los partidarios de Hebert



Los hebertistas llevados al patíbulo (24 de Marzo, 1794).—Pág. 327.

que el comité de salud pública temblaba ante ellos, y que afectaba su lenguaje para amortiguar su oposicion. Couthon se hallaba en cama, por haberse agravado sus achaques. Robespierre tambien se hallaba enfermo hacia unos cuantos dias, y no podia asistir al comité; motivo por el cual sus enemigos podian intentarlo todo impunemente. Provocado Hebert por Ronsin y Vincent, proclamó en los Franciscanos la necesidad de una insurreccion. A estas palabras palidieron todos los semblantes, y los clubistas se salieron del salon uno tras otro. Vincent hizo vanos esfuerzos por tranquilizar á los débiles y por contener á los tráfugas, y en vano tambien cubrió con un crespon negro la estatua de la Libertad. Sólo la seccion de la Unidad, en donde dominaba Vincent, fué á fraternizar con ellos. La mayor parte de las secciones permaneció inmóvil. El mayor número, sabiendo la enfermedad de Robespierre, manifestó su inquietud y su alarma por una vida que era á sus ojos la vida de la república. Las secciones nombraron unos comisionados para que fuesen á informarse de la salud de Robespierre y les diesen parte del estado de su enfermedad. Esta afluencia espontánea del pueblo á la puerta de un simple ciudadano, dió á conocer á Robespierre su omnipotencia política.

Danton era á no dudarlo admirado por el pueblo, pero éste no le honraba como á Robespierre. «Yo soy un ejemplo de la justicia del pueblo, propia para animar á sus verdaderos servidores,—dijo Robespierre á Duplay cuando le anunció la visita de los comisionados.—Hace cinco años que él no me ha abandonado ni un solo dia á mis enemigos. Irá á buscarme en todos sus peligros, hasta en la misma muerte. ¡Ojalá que algun dia no sea yo un funesto ejemplo de su veleidad!»

Encargado Collot-d'Herbois por el comité de salud pública de reemplazar á Robespierre en la sesion de los Jacobinos, habló vagamente de las agitaciones del pueblo, suplicando á los buenos ciudadanos que permaneciesen tranquilos y unidos al centro del gobierno. Cómplice del movimiento de Hebert si este movimiento hubiera tomado mayores proporciones, Collot-d'Herbois lo sofocó porque habia abortado. Fouquier-Tinville fué llamado por la Convencion para dar cuenta de las disposiciones del pueblo. Saint-Just dió un informe fulminante contra las supuestas facciones del extranjero, implicando en ellas á Chabot, Fabre d'Eglantine, Ronsin, Vincent, Hebert, Momoro, Ducroquet, el coronel Saumur y algunos otros intrigantes oscuros de la faccion de los Franciscanos, y fingió confundirlos con los realistas. «¿En dónde está—dijo—la roca Tarpeya? Se engañan los que esperan de la revolucion el privilegio de ser con el tiempo tan perversos como la nobleza y como los ricos de la monarquía. Un arado, un campo, una cabaña al abrigo del fisco, y una familia libre de la lubricidad de un malvado, hé aquí la verdadera felicidad. ¿Qué quereis vosotros los que correis por las plazas públicas para hacer miras y para que digan de vosotros: «Ved á Fulano que habla, ved á Zutano que pasa?» Quereis dejar el oficio de vuestro padre para convertirlos en hombres de influencia y en insolentes al pormenor. ¿Sabeis cuál es el último partido de la monarquía? La clase que no hace nada, que piensa mal y que pasea por todas partes su fastidio, su ánsia de goces y su disgusto de la vida comun, y cuyos individuos se preguntan mutuamente: «¿Qué hay de nuevo?» La que hace suposiciones, la que pretende adivinar lo que hará el gobierno, la que siempre está pronta á cambiar de partido por curiosidad. Estos son los hombres á quienes es necesario reprimir. Otra clase hay tambien corrompida, que son los funciona-

rios. Al siguiente dia al en que un hombre de éstos obtiene un empleo público, anda á caza de un palacio, recibe servidumbre, y á su mujer se la ve cargada de joyas; el que ayer no era nada, sube desde el patio á los palcos más lujosos del teatro; y para saciar la ambicion de ambos consortes y sostener su lujo, es necesario mover cada dia una nueva revolucion. El deseo de adquirir renombre hace tantos mártires como el de adquirir riquezas. Hombre hay que, como Erostrato, quemaria el templo de la libertad con tal que se hablase de él. De aquí las tempestades formadas con tanta frecuencia. Otro, que se cree ser el mejor y el más útil de todos los patriotas, pretende que la revolucion está concluida, y que es necesario dar una amnistia á todos los malvados. Esta proposicion oficial es acogida por todos los interesados, y hé aquí un héroe. Estableced limites á la autoridad,—prosiguió Saint-Just,—porque el espíritu humano los tiene, y el mundo reconoce tambien los suyos, más allá de los cuales están la muerte y la nada; la sabiduría los tiene asimismo. Más allá de la libertad está la esclavitud, como más allá de la naturaleza está el caos. Estos tiempos difíciles pasarán. ¿No estais viendo el sepulcro de los que conspiraron ayer? Se han tomado medidas para asegurar á los culpables, y ya están cercados.»

El momento supremo se aproximaba. Por la noche, Ronsin, general del ejército revolucionario, Hebert, Vincent, Momoro, Ducroquet, Cook, banquero holandés, Saumur, coronel de infantería y gobernador de Pondichery, Leclerc, Pereyra, Anacharsis Klootz, Defieux, Dubuisson y Proly, fueron presos y conducidos á la Conserjería. Cayeron como unos criminales ordinarios, y no como unos conjurados políticos. Acogidos con aplausos irónicos y con silbidos de desprecio en las cárceles que habian llenado de víctimas, no tuvieron ni los consuelos de la piedad, ni el decoro de la desgracia. Estos hombres se lamentaban y lloraban como niños. Un espía de Robespierre, encarcelado con ellos como si fuera cómplice suyo á fin de que revelase sus confidencias, relata así su actitud en los partes secretos del comité de salud pública: «Sólo Ronsin ha demostrado firmeza; como viese escribir á Momoro, le dijo: «¿Qué escribes? Todo eso es inútil. Este es un proceso político. Habeis hablado mucho en los Franciscanos, cuando era necesario obrar. Sin embargo, tranquilizaos,—añadió dirigiéndose á Hebert y á Vincent,—el pueblo y el tiempo nos vengarán. Tengo un hijo que he adoptado, y al cual he inculcado los principios de una libertad ilimitada. Cuando sea grande, no olvidará la muerte injusta de su padre. El será quien dé de puñaladas á los que nos han hecho morir; para esto no se necesita más que un puñal. Es necesario morir».

## XII

Los hebertistas fueron al cadalso en la mañana del 24 de Marzo de 1794, en cinco carretas. La multitud no los honró siquiera con su atencion. Solamente cuando vieron pasar la última carreta, que conducia á Anacharsis Klootz, á Vincent, Ronsin y Hebert, algunos hombres apostados, que llevaban en la punta de un palo unos hornillos encendidos, simbolos parlantes de los hornillos del carbonero del *Padre Duchesne*, los aproximaron á la cara de Hebert, insultándole con las mismas burlas con que él habia insultado á tantas víctimas. Hebert parecia insensible, Vincent lloraba, y Anacharsis Klootz conservaba en sus facciones la

calma imperturbable de su sistema. Sin hacer caso de la bulla de la multitud, predicó el materialismo á sus compañeros de cadalso hasta el borde de la nada.

Así concluyó este partido, más digno del nombre de banda que del de facción. El aprecio que tenia Robespierre á Pache le salvó de esta proscripción. Robespierre no encontró al corregidor de Paris tan perverso ni tan audaz que pudiese inquietar al gobierno. Diezmado el Consejo del ayuntamiento, Pache no era en la casa de la ciudad sino un ídolo sin brazos, muy á propósito para asegurar la obediencia del pueblo á la Convencion. Poco despues fueron presos Chaumette, el obispo Gobel, Herault de Sechelles y Simon, su colega en la mision de Saboya. Así desaparecian uno á uno todos los apoyos que podian quedarle á Danton. Este nada veia, ó en la imposibilidad de impedirlo, afectaba no ver nada.

Encerrado Robespierre en su retiro despues de su victoria sobre los hebertistas, proseguía su plan de depuracion de la república. Por su propia mano escribió un proyecto de informe sobre el asunto de Chabot, que despues se encontró sin concluir entre sus papeles. Este informe, que pintaba unas miserables intrigas como atroces conspiraciones, hacia de Chabot un conjurado, cuando no era más que un alma vulgar. La sombría imaginacion de Robespierre todo lo agrandaba; su política, de acuerdo con sus sospechas, creia en la necesidad de mantener en gran terror á la Convencion, para disponerla á grandes sacrificios y para arrancarle al mismo Danton, favorito de la Montaña.

«Los representantes del pueblo—decia Robespierre en el informe—no pueden hallar la paz sino en el sepulcro; los traidores mueren, pero las traiciones sobreviven.» Despues de esta exclamacion de desaliento, sondeaba las miserias de la patria, las debilidades de la Convencion y la corrupcion de muchos de sus miembros, atribuyéndolas todas á un plan inspirado por los extranjeros para seducir y extraviar á la república, para conducirla por medio de los vicios, de los desórdenes y de la traicion hasta la monarquía. Referia en seguida de qué modo Chabot, seducido ó cómplice, se habia casado con la hermana del banquero austriaco Frey, y recibido en dote doscientos mil francos; cómo habia sido encargado de corromper á precio de oro al diputado que debia informar sobre la Compañía de las Indias para favorecer los intereses de especuladores extranjeros, y en fin, cómo habia venido Chabot, cuando ya no era tiempo, á denunciar esta maniobra, en la que él tomaba mucha parte, al comité de seguridad general. Este informe fué interrumpido por la indisposicion de Robespierre; pero Fabre d'Eglantine, Bazire y Chabot, presos por órden del comité como sobornados ó como seductores, entraron en los calabozos. Los nombres de aquellos tres diputados, que se sabia estaban unidos íntimamente con Danton, parecian indicar á la opinion pública que los satélites de aquel personaje no eran muy puros, que sus amigos no eran inviolables, y que las conspiraciones tal vez remontaban hasta él.

## LIBRO CINCUENTA Y CINCO.

Robespierre y Danton.—Su entrevista.—Saint-Just en casa de Robespierre.—Inaccion de Danton.—Sesion secreta de los tres comités.—Discurso de Saint-Just.—Pide la prision de Danton y de sus cómplices.—Prision de Danton, Camilo Desmoulins, Philippeaux, Lacroix y Westermann.—Su llegada al Luxemburgo.—Sesion de la Convencion.—Discurso de Legendre.—Respuesta de Robespierre.—Informe de Saint-Just.—Proyecto de decreto contra Danton y sus cómplices.—Voto unánime.—Danton en la cárcel.—Camilo Desmoulins.—Su esposa.—Proceso de los acusados.—Su condenacion.—Su ejecucion.—Juicio sobre Danton.

### I

Sin embargo, Robespierre vacilaba aún en herir á Danton. Su indecision y la de Saint-Just y Couthon, á quienes él dominaba, hacia que se meciese la muerte sobre la cabeza de aquel antiguo rival. Robespierre no le estimaba, pero tampoco le aborrecia, y habia dejado de tenerle. Si aquel hombre hubiera sido más incorruptible, de buena gana le hubiera asociado Robespierre á su imperio. Aquel Antonio hubiera completado este Lépido. Danton estaba naturalmente dotado por la naturaleza de unas facultades de que carecia Robespierre, que era la precision del golpe de vista y la vehemencia de las inspiraciones. El uno era el pensamiento, y el otro el brazo de una revolucion. El valor cívico era más obstinado en Robespierre, y el físico, más pronto y más instintivo en Danton. Estos dos hombres reunidos hubieran sido el alma y el cuerpo de la república. Pero el pensamiento de Robespierre no admitia la impura mezcla del materialismo de Danton. «Unir una buena idea á una mala no es fortificarla,—decia,—sino corromperla. La virtud vencida, pero sin mancha, es más fuerte que el vicio triunfante.»

Una viva ansiedad le agitó durante los dias y las noches que precedieron á su resolucion. Se le oyó muchas veces exclamar: «¡Ah! ¡Si Danton fuese hombre de bien! ¡Si fuese verdaderamente republicano!... Yo quisiera tener la linterna del filósofo griego,—decia en otra ocasion,—para leer en el corazon de Danton, y saber si es más amigo que enemigo de la república.»

Los jacobinos dudaban ménos en sus sospechas. Danton no era á sus ojos más que la estatua de barro del pueblo, que se desharia á las primeras lluvias. «Es necesario—decian—quitar á la multitud este falso dios, para hacerle adorar la pura virtud revolucionaria. Este Pericles de la corrompida Atenas no conviene á Esparta.»

Robespierre lo conocia, pero no se atrevia á deducir su última consecuencia. Se preguntaba interiormente si la poderosa popularidad de Danton sobre la Montaña se repartiria despues de su muerte sobre otras cabezas subalternas, tan viciosas pero ménos fuertes y más pérfidas que la de Danton, y si valia más equilibrar